

EL PERIODISMO COMO PROYECCIÓN DE UN INTELLECTUAL: MIGUEL DE UNAMUNO

MANUEL ÁNGEL VÁZQUEZ MEDEL

UNIVERSIDAD DE SEVILLA (ESPAÑA)

amedel@us.es

Resumen: La reflexión sobre la proyección intelectual de Unamuno, a través de la prensa, se ofrece en tres momentos. En primer lugar, indagaremos los inicios mismos de su actividad literaria y periodística. En sus primeros artículos están en germen los grandes temas unamunianos. A continuación nos interrogaremos por el sentido, contenido y misión de los intelectuales, en el momento mismo de su génesis histórica en la naciente sociedad de masas, a la vez que comprobaremos cómo todo ello se cumple en don Miguel. Finalmente, ofreceremos las principales opiniones de Unamuno sobre la función que debe corresponder al periodismo, su relación con la sociedad, con los intelectuales y con los literatos.

Palabras-Clave: Miguel de Unamuno, Intelectual, Periodismo, Literatura.

Summary: The reflection on Unamuno's intellectual role, through the press, comes in three stages. First, we look into the beginning of his literary and journalistic work. In his early papers are in germ the big issues. Then we will question about the meaning, content and mission of intellectuals, at the very moment of its historical genesis in the emerging mass society, while we will check how everything is so in Don Miguel. Finally, we will offer major Unamuno opinions on the role that correspond to the media, its relationship with society, with intellectuals and writers.

Keywords: Miguel de Unamuno, Intellectual, Journalism, Literature.

Résumé: La réflexion sur le développement intellectuel de Unamuno, à travers la presse, se décline en trois étapes. Tout d'abord, nous regardons vers le début de son œuvre littéraire et journalistique. Dans ses premiers articles sont en germe unamuniennes les grandes questions. Puis nous nous interrogerons sur le sens, le contenu et la mission des intellectuels, au moment même de sa genèse historique de la société de masse naissante, tandis que nous allons vérifier comment tout est tellement dans Don Miguel. Enfin, nous offrirons les grandes opinions Unamuno sur le rôle que doivent correspondre aux médias, sa relation avec la société, les intellectuels et les lettrés.

Mots-clés: Miguel de Unamuno, Intellectuel, Journalisme, Littérature.

Todo creador –al igual que todo ser humano, pero tal vez más intensamente– se forja en el crisol de sus circunstancias históricas, sin cuya adecuada comprensión resulta difícil captar, sea por paralelismo o por contraste, el sentido profundo de su actividad. La época que tocó en suerte vivir a Miguel de Unamuno (1864-1936) no es sólo la de las duras secuelas de las guerras carlistas, del hundimiento

de los últimos reductos del imperio colonial español, de una decadencia y crisis tardía de identidad nacional y diversas apuestas regeneracionistas; la de la Gran Guerra Europea y la revolución de Octubre (con el eco del trienio negro en España), la dictadura de Primo de Rivera, la República y la trágica Guerra Civil –*El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*, titularía nuestro autor los abocetados fragmentos que constituyen sus últimos escritos—. Unamuno pertenece a una «Edad de Plata» de la creación artística, literaria y cultural en España, coincidente con la que se ha denominado «Edad de Oro» del periodismo español. Una época fascinante que nuestro autor vivió agónicamente, y en cuyo canon literario ocupó hasta hace poco un lugar de primer orden frente a la situación actual, en la que «a Unamuno se le tributa un culto preferentemente académico pero no excesivamente apasionado» (J.C. Mainer, 1994: 3).

Cuando hablamos de Unamuno es preciso tener en cuenta que, pese a ciertas innegables continuidades, su perfil se presenta de modo distinto según los diferentes momentos de su vida y según las diferentes actividades en que se vio implicado. Pedro Laín Entralgo ha denominado a esa variabilidad «Vidas sucesivas y vidas complementarias»:

Llamo *vidas sucesivas* a las etapas de la biografía de un hombre dotadas de cierta unidad interna y descriptivamente diferenciables entre sí; de tal manera que, sin mengua de la identidad de la persona en el tiempo, el tránsito de una vida sucesiva a otra lleva consigo cierto cambio cualitativo en el modo de ser [...]. En cada una de sus vidas sucesivas, y con simultaneidad más o menos perceptible, el hombre es él mismo realizándose en un conjunto de *vidas complementarias*, vocacionalmente determinadas unas, porque la vocación de una persona puede no ser única, y social o profesionalmente condicionadas otras (AA.VV., 1987: 7-8).

Laín indica, para Unamuno, cinco etapas o «vidas sucesivas»:

primera, desde el despertar de su conciencia personal hasta su primera crisis religiosa (1881); *segunda*, desde esta primera crisis religiosa hasta los tormentosos días de la segunda (1897); *tercera*, desde entonces hasta su regreso del exilio en 1930; *cuarta*, desde su renovada instalación en Salamanca hasta los días que preceden al 12 de octubre de 1936; *quinta*, desde esta fecha hasta su muerte, el 31 de diciembre del mismo año (*Ibid.*).

Por lo que se refiere a sus trayectorias o «vidas complementarias», Laín señala cinco simultáneos modos de vivir: «el hombre agónico, el pensador-poeta, el reformador de España, el universitario y el hombre familiar». Es cierto que se pueden hacer otras propuestas de periodización, e incluso matizar las diferentes

dimensiones personales de Unamuno –los críticos suelen privilegiar una u otra dimensión en nuestro autor y, además, interpretarlo desde sesgos ideológicos, ya que casi todos pueden encontrar alguna justificación en su ingente y contradictoria obra– Bástenos indicar que es esa dimensión de ‘reformador de España’ la que preferentemente –aunque no de modo exclusivo– realiza Unamuno a través de la prensa, conectada de modos diversos con sus restantes perfiles: «Sustantiva, biológica o estilísticamente ligada a su intimidad, la pugna por la reforma de la sociedad española fue, en todo caso, otra de las vidas complementarias de este varón de muchas almas» (AA.VV., 1987: 12).

Alberti proclamaba que su generación había nacido con el cine; la de Unamuno se hizo en el marco de un espléndido desarrollo de la prensa diaria y periódica, que se transformó profundamente en las últimas décadas del agonizante XIX y, en las primeras del nuevo siglo, asumió la función de liderazgo espiritual, posibilitada por la relativa libertad de prensa y el nuevo sistema empresarial más profesional, potenciada con el debate ideológico entre aliadófilos y germanófilos durante la Gran Guerra, y tuvo sobre la sociedad española de la época una influencia desconocida hasta el momento.

Estoy totalmente de acuerdo con Vicente González Martín (CPE: 11) cuando dice: «Contra lo que algunos comentaristas han afirmado, la actividad periodística de Unamuno no fue nunca una pérdida de tiempo ni siquiera una distracción de los asuntos más profundos de su quehacer literario, sino que responde a una seria toma de conciencia de lo que debe ser la misión del escritor y a la convicción de que el periodismo es un poderoso vehículo entre él y el público». Se refiere, sobre todo, a la afirmación de Hernán Benítez: «fue toda una tragedia para Unamuno haber distraído los mejores años de su vida (1914-1924) con politiquerías intrascendentes...». El trabajo de Louis Urrutia (1989) en las *Actas* del Congreso del cincuentenario es muy clarificador al respecto, desde el propio título: «Unamuno, ¿periodista o escritor? ¡Escritor y periodista!».

En efecto, como recordaba J.C. Mainer (1980: 242), «la mayor parte de la producción de Unamuno se desgranó en la casi diaria colaboración periodística, cuyo conocimiento por parte de la crítica no es aún ni completo ni sistematizado». Casi quince años después A. Sotelo, tras reconocer la importancia para la reevaluación crítica de Unamuno de la celebración del cincuentenario de su muerte en 1986, afirma «Y, no obstante, seguimos sin reedición actualizada de las *Obras Completas* de Miguel de Unamuno. Su dilatada obra desperdigada en la prensa periódica no acaba aún de publicarse por completo» (J.C. Mainer (ed.), 1994: 218), a pesar de nuevas ediciones de González Martín (1977 y 1979), de las

colaboraciones en *El Sol* y *Abora*; de Núñez Rivas (1992) con artículos diversos del período 1886-1924; de Sotelo Vázquez (1993) de *Las Noticias* de Barcelona (1898-1902); de Urrutia (1985), con artículos de *La Nación* de Buenos Aires. Por ello reclama: «La identificación de varios centenares de artículos de Unamuno, desde los años ochenta del siglo pasado a los tiempos de la Segunda República, y la publicación de cerca de un millar de cartas suponen la necesaria redefinición de su papel intelectual, así como la imperiosa necesidad de unas O.C. y de una biografía que venga a reemplazar la clásica de Salcedo (1964)».

Si a alguien corresponde –en la España que afronta incierta el siglo XX– por derecho propio, la denominación de ‘intelectual’, junto con Ortega y Gasset, es a Miguel de Unamuno –quien, por cierto, afirmaba que «esas antipatías que provocho proceden, lo sé muy bien, de que, digan lo que digan los que no ven sino la superficie, no soy un intelectual, sino un pasional», OC III: «A mis lectores»–. Un intelectual contradictorio, conflictivo, paradójico, desconcertante, ‘disidente’... Pero estimulante, a veces irritante, insobornable y fiel a su conciencia siempre –no es justo dudar de su sinceridad y su autenticidad, expresión de la conexión entre un mundo interior atormentado y un mundo exterior a veces atormentador–. Por ello debió pagar su precio, él que casi siempre nadó contra la corriente dominante. Durante toda su vida –afirma V. Ouimette en la «Introducción» al periodismo republicano de Unamuno, sintomáticamente titulada «Unamuno, profeta en el desierto»–

declaró abierta y sinceramente convicciones claras y profundas, productos de una búsqueda constante de fe, fuera esta religiosa, artística, política o ética. Al alterarse las circunstancias o la postura intelectual o espiritual de Unamuno, las convicciones se vieron susceptibles a una revisión fundamental, pero Unamuno creía que la sinceridad infundía a las contradicciones aparentes una calidad personal y dramática que ayudaba a su público a formar su propio juicio con respecto a la validez y la trascendencia de sus ideas (EP: 15).

Si algo, en efecto, no puede cuestionarse a Unamuno es que siempre dijo lealmente lo que pensaba, gustara o no a sus lectores, a sus interlocutores, a las autoridades del momento... Participaba de un convencimiento que refleja en el c. LXIV de la II Parte de su *Vida de Don Quijote y Sancho*: «Yo forjo con mi fe y contra todos, mi verdad, pero luego de así forjada ella, mi verdad se valdrá y sostendrá sola y me sobrevivirá y vivirá yo de ella».

La obra toda de Unamuno estuvo siempre impregnada por su personalidad poderosa, presente en un pensamiento del que Francisco Ayala (1989: 434) ha dicho que «adquiere un ritmo respiratorio, circulatorio y hasta digestivo, como

función vital casi indiferenciada de un individuo concreto, el siempre repetido ‘hombre de carne y hueso’, que mediante ellas -las producciones literarias- nos incorpora a la intimidad de su ser». Por ello, añadirá Ayala, los escritos de Unamuno pueden provocar en ocasiones «la inconfundible reacción de náusea que nace al contacto de las operaciones fisiológicas». Fatiga, inquietud o exaltación, lo cierto es que difícil será –como imposible fue entre sus contemporáneos– que los escritos de Unamuno nos dejen indiferentes.

Conviene que traigamos aquí las palabras de E.R. Curtius (1954: 264) en las que afirma que Unamuno consideró su misión –de «apóstol civil», dirá él mismo en 1924– como la del «vigilante de la nación, un *excitator hispaniae*, estimulante y revulsivo, exigente y animador. España debe agradecerle, antes que a muchos otros, el despertar de su apatía, de aquella «abulia» que diagnosticó Ganivet. Sin los martillazos y cuchillazos de Unamuno, el espíritu español no sería lo que hoy significa para Europa». Una España, por otra parte, que en 1904, según recuerda en uno de sus artículos, tiene un 49 % de analfabetismo entre los adultos y, de entre los que saben leer, casi dos tercios no leen nunca... Razón por la cual Unamuno llegará a sugerir la retirada del voto a los analfabetos –quienes, es cierto, eran los que en un sistema caciquil mantenían el dominio de las fuerzas más conservadoras– para conseguir de este modo un voto de «más calidad» (OC III: 308), la superación de la que denomina no democracia, sino «analfabetocracia» (*Ibid.*: 310). En este sentido, Unamuno aprecia la dignidad del trabajador urbano frente a la abyección de los campesinos incultos y serviles, recordando que la civilización ha de pasar por la *civis*, por la ciudad.

Que Unamuno era, quizá, el ‘intelectual’ por antonomasia en la España del primer tercio del siglo –al menos, claramente hasta 1909, aunque su opinión siguió siempre pesando en el ánimo público– lo manifiesta el testimonio de Antonio Machado, cuando el 12 de junio de 1927, estando don Miguel en el destierro, le dice: «Aquí se padece la ausencia de Unamuno, de sus escritos, de sus poesías, de su espíritu vigilante por la espiritualidad española» (A: 73); lo ratifica, en negativo, el grito bárbaro de Millán Astray el 12 de octubre de 1936, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca → ¡Mueran los intelectuales! ¡Viva la muerte! – después de que Unamuno se atreviera a decir: «la nuestra es solo una guerra incivil. Nací arrullado por la guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer, sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición» (A: 97); lo testimonia, finalmente, el artículo escrito por Ortega y Gasset cuando tiene noticia de su muerte: «La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de

siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio» (*Ibid.*: 101). Nada nos puede extrañar que, en abril de 1938, comentara Antonio Machado en *Hora de España*: «De quienes ignoran que el haberse apagado la voz de Unamuno es algo con proporciones de catástrofe nacional, habría que decir: ¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que han perdido!». Sesenta años después, Fernando Sánchez Alonso (1998: 7), en una creativa carta imaginaria a nuestro autor seguía afirmando algo parecido: «Lástima que usted se haya ido dejando a España huérfana de padre, y lástima también que no pueda darse un garbeo por aquí. Aunque yo seguiré alimentando ese bello espejismo». Porque, a su juicio, Unamuno «ha sido uno de los pocos individuos realmente interesantes de los últimos tiempos, el único que se mantuvo firme contra viento y marea, y el único que desmintió el triste pero verdadero apotegma que sostiene que todas las personas nacen como original, pero que la mayoría muere como copia».

En nuestra reflexión sobre la proyección intelectual de Unamuno, a través de la prensa, procederemos en tres momentos. En primer lugar, indagaremos los inicios mismos de su actividad literaria y periodística, cuando utiliza por vez primera el diario *El Noticiero Bilbaino* como instrumento para ejercer una saludable influencia sobre sus conciudadanos -vascos, en este caso- a la temprana edad de quince años. En sus primeros artículos late en embrión toda la potencialidad de los grandes temas y registros unamunianos. Haremos un paréntesis –no sin el concurso de las cualificadas opiniones de Unamuno– para preguntarnos por el sentido, contenido y misión del ‘intelectual’ en el momento mismo de su génesis histórica en la naciente sociedad de masas, a la vez que comprobaremos cómo todo ello se cumple en don Miguel. Finalmente, sistematizaremos las principales opiniones de Unamuno sobre la función que debe corresponder al periodismo, su relación con la sociedad, con los intelectuales y con los literatos –que él no identifica necesariamente–.

1. LOS INICIOS DE LA ACTIVIDAD PERIODÍSTICA DE UNAMUNO

El 8 de enero de 1924 Miguel de Unamuno publica en *El Noticiero Bilbaino* un texto titulado «Mi primer artículo», en el que rememora las circunstancias y el contenido de su primera colaboración, que entonces él no conservaba y que, afortunadamente, ha sido rescatada de las hemerotecas: «¡El primer artículo! Hay que considerar lo que el primer artículo significa para quien ha escrito luego miles de ellos, para quien lleva más de cuarenta años de articulista, contribuyendo

con sus artículos a la historia literaria y política y moral de su patria» (PJ: 365).

Plena conciencia, pues, de esa voluntad de contribución pública que afirma viva desde el primer momento: «seguramente –se responde a la pregunta sobre su emoción al ver el primer impreso– me sentí ligado ya a mi pueblo para siempre, obligado a aleccionarle. ¡Había empezado mi carrera de apóstol civil» (*Ibid.*: 367). Un apostolado –recordemos– calificado a la vez de literario, político y moral, y ejercido ya entonces –1924– «con más de cuatro mil artículos sin duda». Más de cuatro mil artículos que jamás han sido reunidos →las *Obras Completas*, afirma V. González Martín (CPE: 14), solamente reflejan en una mínima parte de su actividad de publicista», ni siquiera íntegramente repertoriados, ya que Elías Amézaga, en la *Ficha Biobibliográfica de Miguel de Unamuno*, que recoge además libros, conferencias, etc., apenas sobrepasa los tres mil títulos.

Unamuno recuerda su «esperanzosa mocedad de los dieciséis años, cuando empecé a escribir», aunque luego corrige con claras resonancias leopardianas:

¿Esperanzosa mocedad? No; a los dieciséis años no se tiene esperanzas, porque no se tiene recuerdos. Las esperanzas se construyen con recuerdos. La visión del camino por recorrer es proyección del camino recorrido. Es ahora, ahora, cuando voy a llegar a los sesenta cuando brotan las más frescas esperanzas en mi pecho como en el roble viejo brotan cada primavera frescas hojas. Es ahora cuando me brotan esperanzas, de aquel mi primer artículo, mi primera obra pública (PJ: 365).

Aunque Unamuno, como dijimos, no conserva «aquel primer retrato de mi alma», lo rememora con asombrosa exactitud y desde luego sin ninguna magnificación: «Debió de ser hacia 1880, hace ya, pues, cerca de cuarenta y cuatro y se publicó aquí, en las columnas de este diario, EL NOTICIERO BILBAINO, que tenía entonces seis. Solo me acuerdo de su título; ‘La unión hace la fuerza’...»

Pues bien: el artículo, exactamente titulado «La unión constituye la fuerza» →«pedantería moceril», dirá más tarde su autor–, apareció el 27 de diciembre de 1879 –no en 1880–, cuando Unamuno acababa de cumplir ¡quince años! –no 16, como él recordaba y han repetido casi todos los investigadores; recordemos que nació el 29 de septiembre de 1864–. Anónimamente lo envió a la redacción de *El Noticiero Bilbaino*, y allí aparece publicado con una X. como firma.

El artículo tiene como trasfondo «la ley de 21 de julio de 1876, el año fatídico de la Constitución restaurativa hoy yacente, [que] había arrancado al Señorío de Vizcaya los restos de sus fueros dejándole unas escurrajas de autonomía administrativa», según dirá en el artículo de 1924, en el que recuerda su «fervor fuerista, euscalerriaco, prebiskaitarresco» y añade:

En tales circunstancias me sentí llamado a exhortar a mis paisanos, a mis conciudadanos, a la unión, a olvidar las diferencias entre liberales y carlistas –entonces no había más– a borrar el recuerdo del 2 de mayo de 1874, a formar todos un solo frente bajo la enseña de Euskalerría. Tampoco se conocía ese disparate lingüístico de Euzkadi, invención desatinada de Sabino. No había surgido el pseudo vascuence de alquimia (*Ibid.*: 366).

Unamuno, cuarenta y cuatro años después de publicar su primer artículo, subraya la continuidad de su estilo y de su pensamiento, por encima de contradicciones y paradojas –que no son, en su caso, pocas–:

Su estilo, estoy de ello seguro, sería en su fondo, en sus huesos, el mismo de que hoy me valgo para desnudar mi pensamiento, no para revestirlo. Porque hombre que haya permanecido más fiel a sí mismo, más uno y más coherente que yo difícilmente se encontrará en las letras españolas. A esa fidelidad y coherencia, a esa unidad central, a esa espesura de caudal me han servido las que los tontos que me motejan de paradjista llaman mis contradicciones, el juego de las antítesis y antinomias de todo pensamiento vivo» (*Ibid.*).

También tiene razón don Miguel al subrayar esa continuidad: da la impresión de que Unamuno nace al mundo del periodismo y de la literatura ya maduro. Maduro hasta el punto de que Antonio Trueba, director de la *Hoja literaria*, pudiera llegar a pensar que el juvenil artículo era obra de José María de Lizana, marqués de Casa-Torre.

No es nuestra intención ofrecer un detenido análisis de «La unión constituye la fuerza», aunque su contenido –no es preciso subrayarlo– se encuentra ya de lleno en el ámbito de nuestra reflexión: la actividad periodística como proyección de un intelectual. Quede para otro momento el análisis del pensamiento unamuniano sobre el problema vasco y España, que tantos matices y momentos de inflexión conoce hasta quedar fijado en esa fórmula de «revasquizar España», que más tarde volvería a retomar su paisano Gabriel Celaya en *Iberia sumergida*.

Unamuno, que parte de la inscripción que figura en las monedas belgas –«L'union fait la force»– y que corrobora el aserto aludiendo al principio mismo que rige el universo –«sin unión no hay nada, pues ser no existe en el universo que pueda existir solo [...] la aniquilación de una sola de las partes que en la naturaleza abundan afectaría a toda ella»–, extiende el lema a la vida social: «esa unión tan útil, tan necesaria, tan transcendental en lo material, se hace sentir mayormente en la vida social. Un pueblo sin unión no es un pueblo; será un conjunto de familias, mas no un pueblo» (PJ: 15). Y, a punto de ilustrar su convencimiento con el caso de los Estados Unidos, afirma lapidariamente:

«Cuando un pueblo, una raza, una nación desaparece, no es por aniquilamiento, es por desunión» (*Ibid.*: 16).

El joven escritor entiende que la desunión de su pueblo se debe a las pasiones —especialmente, el odio y el orgullo— y apunta, tan tempranamente, a los dos polos entre los que se moverá su propia reflexión y su propia vida:

Es que en el hombre existen, y por consiguiente en el pueblo, dos elementos contrarios y contradictorios, dos principios que constantemente están en lucha, que se repelen, se rechazan y ambos tienden a dirigir las acciones humanas. Esta lucha es la de las pasiones y la razón. El hombre que en esta lucha logra vengza la razón, aquel es el héroe, el vencedor. Esa lucha aplicada al presente caso determina la lucha de la razón con el odio, la venganza, el orgullo y la vanidad» (*Ibid.*).

Tenemos, pues, al primer Unamuno ya comprometido con lo que se irá formalizando más tarde como el ministerio intelectual a través del medio periodístico: influir en el pueblo, incluso en ocasiones —lo veremos más adelante— en contra de la pretendida voluntad popular —o, más bien, de las masas: no se podrá acusar a Unamuno ni de populista ni de demagógico—, con el propósito de que encamine su andadura hacia donde mejor le dicte la razón. Aunque nadie sabe mejor que el pascaliano Unamuno que el corazón tiene razones que la razón no entiende, que la razón no puede excluir la vida y los sentimientos con sus paradojas y contradicciones.

Cuando Unamuno vuelva a ofrecer su palabra en letra impresa —10 y 24 de enero de 1881—, firmando ya con una más personal pero igualmente anónima «M.», nos sorprenderá con dos entregas de un cuento ejemplar, «No hay mal que por bien no venga», en el que la ficción narrativa, la historia de dos hermanos, está también al servicio de esa elevación moral que siempre procuró Unamuno en su tarea periodística. Su tercera colaboración —y cuarta entrega, con seudónimo Baserritar-Bat—, «El canto de Grilo» —20 de junio de 1881— es una muestra de su mordaz capacidad crítica aplicada a unas décimas de Antonio Fernández Grilo. La confesión de ineptitud literaria con que inicia el comentario es puramente retórica, siendo por otro lado bastante cierta su incapacidad para la envidia, vicio que siempre rechazó y que encontró su desarrollo literario en *Abel Sánchez*:

La envidia en general no tiene entrada en mi corazón, y menos la tiene la literaria, como no sea en el concepto de envidiar a los que tienen aptitud, de la que yo carezco por completo, para cultivar la literatura. A mí ni siquiera me ha pasado por la imaginación este cultivo, y mucho menos el de uno de sus ramos más bellos, que es la poesía; me he contentando siempre y me contento con saborear la que otros cultivan y cosechan y me

regalan generosamente; pero aun así no tengo paciencia suficiente para ver que en el mercado literario, como en otros mercados, se quiera vender por oro acendrado el oro más vil (*Ibid.*: 26).

Las entregas de traducciones y arreglos de Poe – «La carta sustraída» o «Enterrada viva»–, publicadas en julio de 1881, completan casi ese perfil plural de Unamuno –ensayista, crítico, traductor y literato de ficciones diversas–, embrionariamente contenido en sus primeras colaboraciones juveniles, que encontraron en el periódico la necesaria amplificación.

Francisco Ayala (1989: 433), ha señalado muy acertadamente, como ya se ha indicado, la radical unidad no solo de la plural actividad creadora de Unamuno, sino de esta con su vida y sus gestos:

No es, pues, que Unamuno escribiera libros de filosofía y... ¡novelas! Las novelas son, en su ánimo, instrumento insuperable para comunicar su visión del mundo, dándole expresión adecuada. No cabe distinguir, por un lado, dentro de su obra, las que se llaman de pensamiento, y por el otro, obras literarias o de imaginación –novela, teatro, poesía–, montadas acaso sobre el esqueleto de aquellas especulaciones; sino que todas sus actividades arrancan por igual del centro mismo de su personalidad: no solo aquellos ensayos que más podrían considerarse filosóficos, aunque nunca ‘sistemáticos’; también sus novelas, sus versos, sus artículos de diario, sus cartas particulares; y no ya sus manifestaciones escritas, sino también las verbales, sus conversaciones, sus actos y actitudes, sus exteriorizaciones todas.

Pues bien: esbozado este Unamuno en embrión que se encuentra, precisamente, en sus colaboraciones periodísticas, pasemos a calibrar su dimensión intelectual en el contexto de la época.

2. EL ‘INTELECTUAL’ EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX. MIGUEL DE UNAMUNO, INTELECTUAL ‘DISIDENTE’

No podemos –es evidente– esbozar siquiera una síntesis de lo que la figura del ‘intelectual’ ha supuesto en los diversos momentos de la historia de la humanidad. Este apasionante tema, perteneciente por igual a la historia cultural y a la sociología del conocimiento y de la ciencia, cuenta ya con una inabarcable bibliografía. Recordaremos que, a pesar de obras tan apasionantes como la monografía de Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media* (1971), el término aparece, en sentido propio, designando lo que ahora entendemos por ‘intelectual’,

en el marco de la naciente modernidad, a finales del siglo XVII en Inglaterra –los *political men of letters*–, aunque no será hasta los últimos años del siglo XIX y principios del XX cuando adquiera cuerpo y extensión, estrechamente relacionado con el *Manifiesto de los intelectuales* que con ocasión del caso *Dreyfus* encabezara Emile Zola en Francia, y que en España se manifestaría especialmente con ocasión de la revisión de los procesos de Monjuïc. Santos Juliá ha recordado recientemente (1998: 2) que el nuevo sujeto colectivo designado con la sustantivación ‘intelectual’ fue un «fenómeno internacional, que irradió de París, en España fueron Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu los primeros en percibir el nuevo uso de la palabra y en emplearla sin reparos para designar una categoría de escritores en la que ellos mismos de buena gana se incluían». Juan Marichal (1990: 20-21) recuerda que la utilización del vocablo ‘intelectual’ se encuentra en Unamuno antes de 1898.

La *Enciclopedia Universal Espasa* (T. 28: 1779) nos recuerda, precisamente, que desde principios del siglo XX se ha usado con frecuencia la denominación de *intelectual* para designar a los cultivadores de cualquier género literario o científico». Tal acepción, con todo, resulta excesivamente amplia, y cualifica lo intelectual por oposición a las actividades manuales. En los años de plena actividad periodística de Unamuno el ‘intelectual’ tiene un papel importante como guía o líder ideológico o espiritual del pueblo, como ‘conciencia de la multitud’. No es solo un trabajador de la inteligencia, sino alguien que se preocupa por el rumbo que ha de seguir la vida social. Incluso –tal será el perfil que culmine con los intelectuales europeos de 1968, y aun en la actualidad– el intelectual debe tener un perfil ‘crítico’, suele caracterizarse por su disconformidad con el actual orden social y propone alternativas generales –aunque también los regímenes dictatoriales y los sistemas ideológicos coactivos han dado lugar a esa caricatura de los ‘intelectuales orgánicos, fieles servidores de sus creencias e intereses, instrumentos de la legitimación del orden social–.

Los verdaderos intelectuales independientes y críticos se llegan, incluso y a pesar de su peculiar distancia, a implicar activamente en la vida pública y en la confrontación política, como veremos que sucede en el caso de Unamuno. Es el perfil del intelectual comprometido, *engagé*, en expresión francesa, que mucho tiene que ver con el rumbo contemporáneo de los intelectuales. Sin embargo es cierto que

pretenden intervenir en la vida pública desde una posición separada, reclamando una función específica, y no como cabeza de otras clases o categorías sociales, del pueblo, de la clase obrera [...]. Son, como los liberales y los románticos, disidentes; es más, convierten

la disidencia en un signo de distinción: son intelectuales porque protestan contra todo; se erigen en árbitros morales de la nación y gustan de vestirse la toga de jueces airados de la clase política; pero, a diferencia de liberales, románticos y revolucionarios, son incapaces de organizar un movimiento, proponer un programa de acción, señalar un objetivo: sienten una profunda aversión hacia lo concreto (S. Juliá, 1998: 4).

En efecto, los intelectuales son una consecuencia del desarrollo del capitalismo, y su surgimiento va paralelo a la transformación del pueblo en ‘masa’, término que, desde la conciencia diferencial, utilizarán los intelectuales con abundancia y con una valoración claramente negativa:

Los *intelectuales* aparecen, por tanto, como correlato de la masa inerte en cuanto mayoría social. La conciencia de intelectual emerge como contrapunto de una visión de la sociedad dividida en una mayoría amorfa, ignorante, pasiva, ineducada, grosera, fácilmente manipulable por los políticos, y una minoría selecta, dotada de inteligencia y sensibilidad, desdeñosa de la política y formada por estas personalidades capaces de elevar una voz individual frente a la masa (*Ibid.*).

«El término ‘intelectual’ entra como sustantivo en el vocabulario político y social español entre 1895 y 1900, al igual que en Francia, y [...] tiene un valor contestatario, relacionado con los aires de renovación que soplan alrededor de la fatídica fecha de 1898. En seguida se asocia al *intelectual* con la idea de renovación crítica y hasta con la censura del orden social establecido, que surge en el país a partir de la derrota», afirma Carlos Serrano (cfr. S. Salaün y C. Serrano, 1991: 85-86), quien considera al ‘intelectual’ como «producto del traumático final de siglo» –I. Fox hablará de *La crisis intelectual del 98*–, aunque también resultado de una larga evolución histórica. Estima que el famoso *affaire Dreyfus*, con Zola al frente de la defensa del derecho y la razón, frente al militarismo y al antisemitismo, tuvo una gran repercusión entre los círculos culturales y periodísticos vinculados a la izquierda política e ideológica:

La crisis nacional de España, sus interrogantes morales y sus tensiones sociales han abonado el terreno para el nuevo fenómeno: el literato, el periodista, el escritor –frecuentemente– y el artista –más raramente– empiezan a intervenir en la vida pública en nombre de una autoridad nueva, y muestran así que existen como seres socialmente diferenciados, y específicos. El *intelectual*, tras adquirir una nueva conciencia de su función, que suele considerarse una misión, reivindica también su identidad: alrededor de 1900, toma la palabra, se manifiesta, piensa en reformar el Estado (*Ibid.*: 87).

Incluso, como ya dijimos que ocurre en el caso de Unamuno, llega a asumir concretas responsabilidades políticas.

Unamuno –que ingresó en el Partido Socialista en 1894, colaborando con la prensa obrera durante varios años, hasta darse de baja en 1897 por rechazo al economicismo marxista– constituye un caso único en el panorama cultural y político de la época. Nombrado Rector de la Universidad de Salamanca en 1900, con la edad de 36 años, muchos pensaron que sería absorbido por el ‘sistema’. Muy al contrario, haciendo algo que no hubiera sido posible en los demás países europeos como acertadamente ha señalado Marichal (1990: 12), «Unamuno utilizó el Rectorado como una plataforma que le permitía proyectar con mayor alcance y autoridad su voz disidente».

Entre 1903 y 1906, don Miguel recorre la España liberal ofreciendo ‘sermones laicos’ en defensa de las nuevas leyes de instrucción pública. El año 1909 –señala Marichal (*Ibid.*: 29)– «fue el de mayor intensidad de la campaña liberal de Unamuno, pero también fue el de su rompimiento con los intelectuales de la generación ascendente, la de Ortega». En efecto, su actitud distanciada con ocasión de la semana trágica de Barcelona en verano de 1909 y la condena a muerte del anarquista Francisco Ferrer, que promovió una colosal reacción de los intelectuales españoles, fue incomprensible para quienes tantas esperanzas habían puesto en él. El artículo «Unamuno y Europa, fábula», escrito por Ortega junto con Américo Castro, es el punto de partida de un cierto descrédito que, con todo, no le haría perder su influencia.

Unamuno será destituido como Rector de Salamanca en 1914, circunstancia que le lleva, entre otras razones, por necesidades económicas, a colaborar intensamente con la prensa, y entre 1915 y 1924 escribirá noventa y siete artículos en *España*, el semanario fundado por Ortega.

En carta dirigida a Pedro Corominas el 2 de mayo de 1917 manifestará su voluntad de participar activamente en política, si bien preservando su independencia y distinguiendo entre la acción política, en la que sigue confiando, y la parlamentaria, de la que desconfía: «Tengo la convicción de influir en la política –en el alto sentido de esta palabra– española más que la inmensa mayoría de los diputados y senadores, y no sé que esta mi acción se acrecentara con afiliarme a uno de los partidos de santo y seña, y meterme en aventuras electorales. No rehuiré el Parlamento si me llevan a él, pero tampoco lo buscaré. Todavía no he perdido la fe en la acción política, pero no tengo ninguna en la parlamentaria» (A: 51-52). En septiembre es elegido concejal en representación de los ferroviarios, cargo que ejercería hasta 1920. Este año se le procesa en Valencia por supuestas injurias al rey vertidas en su artículo «Antes del diluvio». Se lo condena a dieciséis años de cárcel. En libertad provisional hasta la confirmación de la sentencia por el Tribunal Supremo en 1922, sin embargo no se ejecutó. El 20 de febrero de

1924, como consecuencia de la tensión creada por varias publicaciones, en plena Dictadura de Primo de Rivera, la Dirección General de Seguridad lo destituye de su Cátedra, lo cesa como decano y vicerrector y lo destierra a Fuerteventura, donde marcha llevando tan solo en la maleta el *Nuevo Testamento* en griego, la *Divina Comedia* y los *Cantos* de Leopardi en italiano.

En su destierro de Fuerteventura y más tarde de París y Hendaya, Unamuno seguirá ejerciendo una extraordinaria influencia en su oposición a la Dictadura y al rey. «Por vez primera en la historia de España –recuerda Marichal (1990: 13),– un *disidente* era la personalidad intelectual más respetada por la gran mayoría de sus compatriotas. Se convirtió así Unamuno en el paradigma internacional del intelectual expatriado que se constituye en representante auténtico de su país y cultura».

Solo tras la caída de Primo de Rivera, en enero de 1930, se decidiría a regresar a España –cruza el puente de Irún el 9 de febrero–, acogido por multitudes, que expresarán su entusiasmo en el recibimiento en Salamanca el 13 de febrero, a pesar del frío y de la nieve. Durante casi dos décadas ha estado constantemente presente en los periódicos, en parte por su vocación intelectual, en parte por sus necesidades económicas y por aprovechamiento de la plataforma que suponían los periódicos. Desde mediados de los años diez a mediados de los años veinte, con la Gran Guerra por medio y los diversos fracasos monárquicos, sus grandes obsesiones serán la defensa de los aliados en el conflicto bélico y su recalitrante antomonarquismo, teñido también de aspectos personales.

En abril de 1931 se presenta como candidato independiente a las elecciones municipales que propician el advenimiento de la República –él mismo la proclamaría desde el balcón de la Casa Consistorial de Salamanca el 14 de abril–. Nombrado días más tarde Alcalde-Presidente honorario del Ayuntamiento de Salamanca, Rector y Presidente del Consejo de Instrucción Pública, Unamuno no va a ser un hombre dócil, y pronto manifestará sus desacuerdos con muchos aspectos de la política republicana –reforma agraria, revolución de Asturias, proclamación del Estado Catalán–.

Su presencia en el mitin de José Antonio Primo de Rivera en el teatro Bretón de Salamanca el 10 de febrero de 1935 provocará las duras críticas de quienes no comprenden a un Unamuno que se justifica en función de la defensa de la cultura, los valores del espíritu, el respeto a la dignidad del hombre y el espíritu crítico. Ya iniciada la Guerra Civil, sus críticas al gobierno de la República motivan la exoneración de sus cargos públicos el 22 de agosto, aunque el 1 de septiembre se le confirmara en el Rectorado perpetuo que, con ocasión de su jubilación en septiembre de 1934, se le concediera en los solemnes actos presididos por Alcalá Zamora. Ya hemos indicado los tristes sucesos de octubre del 36, con

Millán Astray, meses antes de su muerte, tras una forzosa reclusión domiciliaria.

Esta es la dimensión externa y el compromiso político explícito de un hombre que, sin embargo, ejerció la mayor parte de su influencia a través de sus artículos en la prensa diaria y en las revistas. Y que, a través de ellas, también, se planteó en numerosas ocasiones cuál debía de ser la función del 'intelectual' en la sociedad, y a través de la prensa, al tiempo que se preocupó por definir la función de esta y denunciar su mediocridad y sus abusos.

El eje que atraviesa el período al que nos referimos, los años veinte, tras la Gran Guerra, se caracteriza por una ebullición caótica que Ortega constataba en su presentación a *Revista de Occidente* en 1923. «Para algunos intelectuales [T.S. Eliot, Valéry, Spengler, el propio Ortega] la crisis era consecuencia del declinar de la cultura, provocado por una irrupción de las masas en la historia, un hecho originado a lo largo del siglo XIX pero precipitado en los años de posguerra», afirma J.P. Fusi (1993: 34), quien añade: «En *La traición de los intelectuales* (1927), Julien Benda argumentó que la responsabilidad de la crisis correspondía, en primer lugar, a los intelectuales, que habrían renunciado a su papel secular –labor científica y teórica puramente desinteresada– por el juego de las pasiones políticas». Y recuerda que ya Ortega, en *La Rebelión de las masas* (1930) atribuía esta situación no tanto a la pérdida de liderazgo moral por parte de los intelectuales, cuanto a la fuerte irrupción del hombre-masa en la vida política y social, con el consiguiente imperio de la vulgaridad intelectual y la pérdida de un horizonte moral, de un proyecto y de un programa de vida en Europa.

Santos Juliá (1998: 7) ha relacionado la actividad intelectual del momento no solo con la realidad de las masas y la presencia en los medios de comunicación sino, también, con el papel de la ciudad:

Que no pueda haber intelectuales sin medios de comunicación quiere decir que no hay intelectuales sin ciudad: el modo de ser intelectual dependerá, como ha visto Tony Judt, de la ciudad de que se esté hablando. El intelectual que se afirma en el acto de protesta surge en una ciudad que es a la vez poderoso centro cultural y capital del estado [...]. Es el intelectual por antonomasia, firmemente asentado en un medio que además de procurarle su sustento le proporciona poder, que se levanta en protesta del Estado, visible por todas partes, fuerte, centralizado, invasor de la vida social y al que tiene como su interlocutor inmediato. Dueño del centro de la ciudad, el intelectual se considera a sí mismo como árbitro moral de la nación y depositario de valores universales.

No fue esta la realidad española: Madrid era «la capital pobretona de un Estado en la ruina económica», la «charca de ranas de donde se desprendían miasmas palúdicas que producía perlesía espiritual», según denunciaba Unamuno:

la imagen de la España muerta, que no puede regenerarse en una mirada hacia un ámbito rural sórdido, resignado, sumiso, estéril.

En todo ello Unamuno fue un hombre de su tiempo: el mito de la decadencia, de la degeneración y de la muerte de España traía consigo el correlativo mito de redención. España debía resucitar →«Hemos de salvar a España, quiéralo o no», dirá Unamuno— y esa resurrección, para un buen número de intelectuales de comienzos de siglo, pasaba por el rechazo hacia las masas incultas y a los políticos corruptos. El peligro de reclamar más gobierno y menos parlamento, esperar a un salvador, a un superhombre —la influencia de Nietzsche es evidente, aunque con una peculiar recepción, en Unamuno—, abonaban un terreno que, desgraciadamente, germinó con sangre y destrucción —no con regeneración— en una Guerra civil con la que también desaparecería nuestro autor.

3. LA ACTIVIDAD INTELECTUAL, LITERARIA Y PERIODÍSTICA, SEGÚN MIGUEL DE UNAMUNO

Una breve referencia a las características de la escritura periodística de Unamuno. En 1919 publica —el 3 de abril en *España*— el artículo «Notas sueltas». En él nos dice:

Cuando las cosas —y cosas son también los hombres— y las ideas van tan deprisa, tiene que ir deprisa nuestro pensamiento civil cotidiano. Y no cabe dejar para mañana una reflexión o siquiera una expresión que se nos ocurra, con motivo de poder mejor coordinarla con otras. Hay que pensar deprisa. Y pensar deprisa es pensar fragmentariamente. Impónesenos, pues, la forma de reflexiones sueltas, de aforismos, de notas al viento. ¿A qué viento? A un viento de tempestad que las arrebata como una galerna de otoño arrebata las hojas secas al pie de los árboles, donde se postran luego y hacen de mantillo.

Un Unamuno convencido de la importancia de lo pequeño y aparentemente irrelevante —de la intrahistoria de las personas y los pueblos— no desprecia, en absoluto, acompañar con su reflexión —su periodismo es fundamentalmente de opinión, interpretativo— los acontecimientos más relevantes de la vida pública, aunque adolezca con ello de perspectiva y no pueda privilegiar toda la retícula de relaciones de que son tributarios los acontecimientos. Por ello acepta la inevitable fragmentariedad de muchas de sus reflexiones, que suelen responder, según cierta tipología a esquemas invariantes que se repiten con frecuencia y que han sido

apuntados, entre otros, por González Martín. Dejemos, por ahora, este importante asunto del estilo periodístico de Unamuno y su variedad temática, así como su evolución a través de casi cincuenta años de intensa actividad como publicista, para centrarnos en la imagen que de la actividad periodística tenía Unamuno, y su relación con la función que a un intelectual cumple realizar a través del periodismo.

1896 es un año importante en la reflexión unamuniana sobre el papel que corresponde a los medios de comunicación en el nuevo escenario social. En «Informacionería y reporterismo» –10 de enero de 1896– se queja de la deplorable *hechsología* de los datos que introduce la nueva fotografía y la aplicación de la taquigrafía al periodismo. Datos sin interpretación, inarticulados: «un aluvión de minucias inorganizadas y, lo que es peor, inorganizables. Debían tener los periódicos un redactor inteligente y juicioso encargado de sacar un resumen semanal, quincenal o aunque fuera mensual, del movimiento de la política interior y exterior» (PF: 50). Igualmente lamenta «el desequilibrio entre la información política y el resto de la información es enorme, da tristeza», y alude a la Guerra de Cuba, a la vez que relaciona este hecho con la falta de especialización del trabajo en el ámbito periodístico →«a lo más que ha llegado la diferenciación del trabajo es a producir un reporter o gacetillero (que debía ser el verdadero periodista) el *chroniqueur* más o menos ingenioso y el amasador de bloques de fondo»-. Unamuno juzga que la prensa, como las demás instituciones sociales, están dañadas por el juego de las fuerzas económicas: «el fondo de los males de nuestra prensa es fondo económico, surge y brota de las exigencias de adaptarse al mercado de la concurrencia industrial y mercantil».

En «El cuarto poder» –2 de enero de 1896–, parte del decisivo influjo que la prensa ejerce sobre la conciencia pública – «en todo tiempo y lugar, es oportuno llamar la atención de las gentes acerca de la naturaleza y vida de la prensa periódica, pero mucho más oportuno, cuando sobreexcitada la conciencia pública, por unas u otras causas, ejerce aquélla más decisivo influjo» (*Ibid.*: 51)–; diagnostica que «los males de nuestro cuarto poder, el educativo junto a los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, son males del ámbito del espíritu de casta muchos, del estado económico los más». Interesante identificación del poder de la prensa como poder educativo, en el que critica la ramplonería y la falsa sensatez convencionalista, a la vez que denuncia la introducción en el periodismo del *factory system* inglés. Precisamente es en este artículo en el que encontramos una definición ideal de la comunicación periodística: «La prensa periódica debe ser el más genuino y adecuado órgano de relación social de un pueblo, el órgano de su conciencia refleja colectiva, cuya función es sacar a luz y relieves las riquezas subconscientes de un pueblo y ponerle a la vez en comercio con el ámbito. Y como la conciencia,

que lo abarca todo, es integradora, integradora debe ser la prensa» (*Ibid.*). Ya Unamuno es consciente del replanteamiento de las fronteras entre lo público y lo privado: «va borrándose la distinción entre vida pública y privada (haciendo la privada más pública y más privada a la vez la pública)». Igualmente se plantea ya las «funciones fiscales» de la prensa, aunque nuestro autor piensa que no debe confundirse la denuncia con la acusación: «esta función de la prensa es como la del jurado, informativa».

«La prensa y la cultura» se titula la nueva colaboración de *La Justicia* de 1 de febrero de 1896, que comienza así: «Que la prensa hace mucho entre nosotros por la cultura nacional, es indudable, y no menos indudable que podría hacer más» (*Ibid.*: 52). Unamuno, tras reconocer que «el castellano verdadero y vivo, la lengua común y corriente, la del promedio de las personas cultas, es la lengua de la prensa», critica la contradictoria relación de los periodistas con la Academia, las vaciedades que vierten los medios, y antes de volver de nuevo a la crítica del economicismo y el *factory system*, sentencia:

la prensa representa la cultura media, pero por lo mismo es mediana maestra de cultura, porque no da representación adecuada a las minorías y ahoga el espíritu progresivo bajo el instinto conservador. Es en el fondo misonista, como nuestro pueblo lo es hoy. Fomenta en literatura lo insignificante y hueramente correcto; pasa de una pseudosensatez latosa a una ligereza archisuperficial, y con frecuencia enjareta lugares comunes de tercer grado para desdeñar los de primero, combatiendo en nombre de la moda de ayer a la de anteayer y motejando de cursi con un sentido ultracursi (*Ibid.*: 53).

En «La prensa y el ámbito» –17 de febrero de 1896–, Unamuno vuelve a enjuiciar un periodismo que «no crea prestigios sino que los recibe hechos», que está más pendiente de otros periodistas que del público, que, siguiendo el modelo del sistema de fábrica cuida más de la marca que del género –«es natural e inevitable que acojan nuestros diarios géneros con marca (firma) cotizables, que son verdaderos modelos de vaciedad y ramplonería»–. Ataca el hecho de que los periodistas estén más pendientes de las demás redacciones que del público: «Y es natural, porque el juicio del público apenas llega a ellas, y llega el juicio de los compañeros de profesión./Este mal, común a toda clase de literatura, produce estragos en la literatura periodística, y para colmo de al, ha entrado en ella el más funesto vicio español, la recomendación».

Diego Núñez y Pedro Rivas, editores de los artículos recuperados sobre *Política y Filosofía*, han sintetizado con precisión la idea que Unamuno tenía del papel de la prensa, y que no varió sustancialmente a lo largo de su vida:

Revistas y periódicos deben ser, según él, un medio de educación, una escuela en la que el pueblo vea denunciados a los parásitos que viven del sudor de los demás, denunciadas las mentiras de toda índole y exaltados los valores del arte y de la ciencia. Unamuno se queja de la ramplonería y superficialidad de la prensa, que normalmente prefiere el chiste fácil o la noticia plana, en lugar de la información rigurosa y de la exposición que requiere estudio. El catedrático de Salamanca resalta como mal de raíz de la prensa su conversión en empresa industrial capitalista, lo que conlleva su dependencia del mercado y el carácter mercantil de su contenido (*Ibid.*: XXVII).

En una colaboración en *Las Noticias* de Barcelona, de 4 de diciembre de 1899, titulada «Un artículo más», Unamuno reflexiona sobre su propia actividad:

Me siento ante las cuartillas, tomo la pluma y me digo: ¡Un artículo más! Y hay en esta exclamación algo de amargura.

¡Un artículo más! ¡Un artículo más con que ir ganándose la vida y con que mantener fresca la firma, renovándola en la memoria de los lectores! ¡Un artículo más!

Y no hay más remedio, entre otras razones, por lo que decía Nietzsche, porque hay ideas que nos estorban y solo echándolas al público nos libertamos de ellas (OC VIII: 188).

Unamuno habla de la «quiebra del libro», de lo efímero de los artículos: El artículo pasa; se tira en el periódico; casi nadie lo colecciona—, de la existencia de libros que consisten en recopilaciones de artículos y aprovecha la ocasión para reflexionar sobre la escritura periodística en relación con las aportaciones más elaboradas y permanentes de los libros:

¿Reservará lo mejor de su espíritu para el libro? Valdrán menos sus artículos. ¿Dará lo mejor en éstos? Padecerá el libro.

Quien produce con regularidad artículos, rara vez alcanza aquel recojimiento [sic.] del espíritu, aquel sosiego y calma interiores para ir tramando una obra extensa. Si se le ocurre el núcleo de una novela, la reducirá a un cuento, y no se decidirá luego a ampliarlo, convirtiéndolo en novela.

Añádase que la literatura periodística y la producción de artículos sueltos, si bien ayuda a dar contradicción y viveza al estilo, nos acostumbra a fraccionar nuestras concepciones, a desligar cada punto de vista, para que por sí mismo sea comprensible, a arrancarlo del complejo orgánico del que forma parte [...].

No me cabe duda de que la literatura periodística ha dado una gran inconsistencia a las ideas, a la vez que las ha enriquecido. Las ha movilizadas, las ha hecho ideas-papel, a semejanza del papel-moneda, arrinconando las ideas-metal cuyo manejo es molesto y pesado. Es una ventaja, como lo es el papel-moneda, pero lo es mientras haya reservas en ideas-oro, que respondan de las ideas-papel. La prensa, en efecto, más que una productora de ideas es una circuladora de ideas, más que mina, banco. Sugiere, despierta el apetito, llama la atención, provoca el estudio (OC VIII: 189).

Podría –tal vez– haber llevado incluso algo más lejos Unamuno su comparación subrayando, por un lado, que es preciso extraer el oro de las minas y hacerlo circular socialmente para que en verdad adquiriera valor, que las ideas guardadas son estériles y muertas, como ocurre con el pseudoelitismo de algunos escritores; por otro, que cuando se hace circular más papel que el que avalan las reservas de oro se está en presencia del fraude, de la falsificación, como no pocas veces ocurre, por desgracia, en el mundo de la comunicación periodística.

Unamuno subraya en este artículo –lo hace con mucha frecuencia– el papel económico de la actividad periodística para el escritor, y concluye:

Y en tanto, mientras sueño con paternas ansias, en los libros para mañana, en las obras sin extensión limitada, complejas, orgánicas, expansivas, vuelvo mi mirada a esta última cuartilla del presente artículo y me digo: ¡un artículo más!

¡Un artículo más! ¡Y qué cariño se les toma a estos pobres artículos, esparcidos aquí y allá, brotados de la espontaneidad! ¿No serán acaso nuestra más sana obra? (OC VIII: 190).

Además de este escrito ‘metaperiodístico’, son varios los artículos recogidos en la sección «De mi vida» en el volumen VIII de sus *Obras Completas* que se dedican a reflexionar sobre la actividad periodística y su relación con la más estrictamente literaria.

En «De vuelta» expone muy acertadamente su visión del pensamiento como algo bilateral, algo que se construye en relación con el otro: el pensamiento y la razón son de origen social: la conciencia es un producto social», y por ello confiesa a su lector –»¡oh amado lector!»–, tantas veces construido como interlocutor e invocado en sus artículos: «cuán útil me eres para la formación de mi conciencia de escritor público y cómo te considero cual unidad de una masa de lectores a la que llamaré *materia prima objetiva* de la formación de mi conciencia literaria» (OC VIII: 207). Termina anunciando el tema del conocidísimo artículo «Escritor ovíparo», publicado en *Las Noticias* de Barcelona el 19 de abril de 1902. Recordemos los principales párrafos, tantas veces citados y trivializados:

Escritores hay, en efecto, que producen un óvulo de idea, un germen y una vez que de un modo u otro se les fecunda, empiezan a darle vueltas y más vueltas en la mente, a desarrollarlo, ampliarlo, diversificarlo y añadirle toda clase de desenvolvimientos. Es la gestación [...]. Este es el escritor vivíparo, que gestó su obra en su mente y la pare viva, es decir, entera y verdadera y en forma casi definitiva [...]. Otros procedemos de forma muy distinta (*Ibid.*: 208-209).

Unamuno cuenta a continuación cómo, partiendo de la idea de la muerte de alguien en el campo carlista, anotándola, añadiendo detalles, componiendo un cuento, ampliando su acción y convirtiéndolo en novela corta, llegó a *Paz en la guerra*. «Tal es el procedimiento ovíparo».

Sin embargo, Unamuno piensa que el escritor ovíparo siempre debe poner algo de maduración interior; no se puede limitar a tomar ideas prestadas para incubarlas. E ironiza sobre «los publicistas que se quedan sin una sola idea si se les quita sus cuadernos, cuartillas o papeletas de apuntes [...]. No ponen en sí propios en su trabajo más que la empollación: el estarse sobre sus huevos, quiero decir sobre sus papeletas, prestándoles calor animal». Por ello invita a los escritores empollones a que «publiquen sus notas, citas y apuntes tal y como los toman y dejen que el sol los empolle. Es preferible una serie de citas a las obras de tales sujetos» (*Ibid.*: 209-210).

En «Literatura al día» –*Nuevo Mundo*, Madrid, 17 de septiembre de 1906– hace una crítica profunda de la información de actualidad descontextualizada: «a medida que voy entrando en años me va hastiando más y más cada vez la prensa llamada informativa. Cada día aborrezco más las noticias y sobre todo, eso que llaman actualidad. No me convence eso de mirar un gran cuadro a un centímetro de distancia, ni eso de saber fragmentariamente y como por grados, un desarrollo histórico» (*Ibid.*: 231). Esa crítica a la fragmentariedad la extiende a las novelas por entrega: «Nunca he podido resistir la lectura de una novela por entregas, y el ‘se continuará’ me descompones siempre. Espero a que una obra se termine para leerla interrumpiendo la lectura donde me plazca o las vicisitudes de mi vida cotidiana me lo indiquen y no donde el ajuste del periódico me lo imponga». Unamuno nos dice que «En España por lo menos no se ha cumplido la diferenciación entre el periodista, el publicista y el autor de libros u obras de cierta extensión», y critica la necesidad de estar al día y la pésima formación que tienen aquellos que han de conformarse con leer revistas o catálogos en los autores clásicos –cita a Homero, Platón, Tucídides, Virgilio, Cicerón, Horacio, Dante, Tasso, Shakespeare, Milton, Racine, Pascal, Goethe, Schiller...–. Y esto, añade

constituye un mal, sobre todo en un país como el nuestro en que no hay una segunda enseñanza que supla tal deficiencia. Los bachilleres no han leído durante el tiempo de su bachillerato ni siquiera los clásicos españoles; durante la carrera les absorben la atención y el tiempo los libros de texto –que, aparte de su perversidad como obras doctrinales, suelen ser de lo más iliterario que se conoce– y luego de concluida reducen su lectura a poco más que los periódicos. Y éstos no se cuidan en guiarles en ella. Como órganos de educación nacional suelen ser detestables (*Ibid.*: 233).

En un artículo de 1908, titulado «Los escritores y el pueblo», responde a uno del mismo título de Baldomero Argente en *Nuevo Mundo* y expone varias ideas interesantes para nuestro tema:

La influencia del escritor español en su pueblo no creo que sea muy inferior a la de otros escritores en otros pueblos, y si nosotros, los que escribimos, nos quejamos muy a menudo de que no se nos hace caso, eso solo quiere decir que nuestra influencia sobre el público no se refleja en provechos económicos inmediatos. Hablando en plata, de lo que nos quejamos no es de que no se nos haga caso, sino de que no compren nuestros libros. Y un escritor puede muy bien influir mucho –por lo menos en ciertos espíritus– y vender poco, y otro vender mucho e influir poco (*Ibid.*: 294).

Unamuno afronta, de inmediato, la crítica de Argente sobre la distancia del escritor con la multitud:

hace muy bien todo escritor que se estime y tenga conciencia de la gravedad de su oficio en no escribir para la multitud ésa, y hace bien en no hacerlo en beneficio y provecho de la multitud misma, o mejor dicho, del pueblo. La multitud no sabe cuáles son sus angustias ni sus anhelos, la multitud no solo no sabe de ordinario lo que quiere mas ni aun sabe dónde radica su mal [...] ni la fuerza ni la pasión están en el vulgo, ni hay nada más deleznable y pasajero que los escritores llamados populares (*Ibid.*: 295).

Unamuno, que tiene en ello como modelos a Ibsen en Noruega y Carducci en Italia, expresa la diferencia entre una honrada defensa de lo que a juicio del escritor le beneficia, frente a la fácil complacencia de la aceptación de sus visiones y caprichos, casi nunca bien fundados:

hay que bajar a la plaza pública y pelear por el pueblo; pero para pelear por él no es menester confundirse y perderse en sus filas, ni unir la propia voz al grito inarticulado de la muchedumbre. Se puede y se debe pelear por el pueblo, por su bien, yendo contra el pueblo mismo [...] esos escritores que pretenden bajarse hasta la plebe, en vez de esperar que ésta suba hacia ellos, no hacen sino entorpecer y alargar la obra santa de la conversión de la plebe en pueblo, obra en vía de marcha [...]. No es exacto que el pueblo no entienda, y sobre todo, que no sienta a esos escritores que parecen elevados sobre él; los siente muy bien, aunque solo sea en parte (*Ibid.*: 295-6).

Unamuno arremete contra las conferencias populares: «cuando un hombre de una cierta cultura se esfuerza por ponerse popular, lo que se pone es ramplón, trivial y ridículo.» Y reitera su idea sobre los criterios equivocados del pueblo y la necesidad del intelectual, del escritor, de defenderle, incluso a veces en contra de él mismo:

El pueblo, ha dicho un escritor, odia la verdad. Y es cierto que la odia cuando la verdad no le es grata. El pueblo quiere que lo adulen, lo diviertan y lo engañen, aunque a la corta o a la larga acabe por despreciar y repulsar a sus aduladores, divertidores y engañadores. Es preciso, lo repito y lo repetiré aún mil veces, luchar por él contra él mismo». [...] No, no hay que predicar aquello de que el vulgo es necio, y pues lo paga, es justo hablarle en necio para darle gusto; demasiado lo saben nuestros escritores (*Ibid.*: 298).

Baste, hasta aquí, una breve muestra de las reflexiones de Unamuno sobre su actividad de escritor y publicista. Más allá del acuerdo o del desacuerdo –en el fondo, no lo olvidemos, Unamuno es un *excitator*– hay que reconocer que, frente a tirios y troyanos, frente a las multitudes ignorantes y frente a los buenos burgueses, Unamuno se merece nuestro respeto porque, como dijera en «El dolor de pensar» (*Ibid.*: 345), «escribo con la sangre de mi corazón, no con tinta neutra, mis pensamientos, muchas veces contradictorios entre sí, mis dudas, mis anhelos, mis sedes y hambres de espíritu; no redacto conclusiones, como cualquier secretario de cualquier comisión». La conclusión nos corresponde extraerla a nosotros.

REFERENCIAS

Obras de Miguel de Unamuno y abreviaturas utilizadas

- Crónica Política Española (1915-1923). Artículos no recogidos en las obras completas.* Intr., ed. y notas de V. González Martín, Salamanca, Almar, 1977. [CPE].
- Ensueño de una patria. Periodismo republicano 1931-1936.* Ed. y Pról. a cargo de V. Ouimette con la col. de M.E. Nochera. Valencia, Pre-Textos, 1984. [EP].
- Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924).* Ed. de D. Núñez y P. Ribas. Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992. [PF].
- Prensa de Juventud.* Ed. de Elías Amézaga. Madrid, Compañía Literaria, 1995. [PJ].
- Niebla.* Pról. de G. Torrente Ballester y *Album* de Arturo Ramoneda [cit. A], Madrid, Alianza, 1998.

Sobre Unamuno, su actividad periodística, política, ensayística y su tiempo.

- AA.VV. (1987): *Miguel de Unamuno (1864-1936). Cuadernos Hispanoamericanos*, 440-441, Febrero-Marzo 1987.

- AA.VV. (1989): *Actas del Congreso Internacional. Cincuentenario de Unamuno*. Salamanca, Univ.de Salamanca.
- AA.VV. (1998): *1898: ¿Desastre o impulso modernizador?*, *Revista de Occidente*, 202-203, Marzo 1998.
- AYALA, F. (1963): «El arte de novelar en Unamuno», *Las plumas del Fénix. Estudios de Literatura Española*. Madrid, Alianza, 1989.
- BUSTOS TOVAR, E. de (1976): *Pensamiento político del primer Unamuno*. Salamanca, Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, núm. XXIV.
- COBB, C. (1976): *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*. London, Thamesis Book.
- DÍAZ, E. (1965): *Unamuno. Pensamiento político*. Madrid, Tecnos.
- FUSI, J.P. (1993): «La cultura europea 1919-1939», AA.VV.: *Desde Occidente. 70 años de Revista de Occidente*, Madrid, Fundación Ortega, 29-40.
- GRAY, R. (1994): *José Ortega y Gasset. El imperativo de la Modernidad*. Madrid, Espasa-Calpe.
- JULIÁ, S. (1998): «La aparición de 'los intelectuales' en España», *Claves de Razón Práctica*, 86, octubre de 1998, pp. 2-10.
- LE GOFF, J. *Los intelectuales en la Edad Media*. Buenos Aires, Eudeba, 1971.
- MAINER, J.C. (1980): *Modernismo y 98*, vol. 6 de F. Rico (ed.): *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Barcelona, Crítica.
- (1986): *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. 3ª. ed., Madrid, Catedra.
- (ed.) (1994): *Modernismo y 98, Primer Suplemento*, vol. 6, 1 de F. Rico (ed.): *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Barcelona, Crítica.
- MARÍAS, J. (1976): *Miguel de Unamuno*. Madrid, Espasa-Calpe.
- MARICHAL, J. (1990): *El intelectual y la política*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes/CSIC, Madrid.
- PÉREZ DE LA DEHESA, R. (1966): *Política y sociedad en el primer Unamuno (1894-1904)*. Madrid, Ciencia Nueva.
- SALAÜN, S. - SERRANO, C. (eds.) (1991): *1900 en España*. Madrid, Espasa-Calpe.
- SÁNCHEZ ALONSO, F.: «A Miguel de Unamuno, *Excitator Hispaniae*», en *Clarín. Nueva Revista de Literatura*, 15 (mayo-junio, 1998), 3-7.
- URRUTIA, L. (1970): *Desde el mirador de la Guerra*. París, Centre d' Etudes Hispaniques.